

familiaridad endulzaba su autoridad; llegaba tarde, entraba con un paso descuidado, se sentaba sin hablar, bajaba los ojos sobre la mesa, apoyaba la cabeza entre las manos, impedía á sus labios expresar ni aprobacion ni crítica, fingiendo hábilmente la distraccion, y á veces la indiferencia ó la impasibilidad.

Tales eran las quejas que circulaban en voz baja contra Robespierre en los comités.

En la municipalidad reinaba como soberano por Fleuriot-Lescot y por Payan, uno corregidor de Paris, y el otro agente nacional. El tribunal revolucionario le era adicto por Dumas, por Hermann, Souberbielle, Duplay y por todos los jurados, que fueron escogidos en la clase del pueblo, en que el nombre de Robespierre era divinizado.

En los Jacobinos, Robespierre reinaba por sí mismo. Desdeñoso en el comité, descuidado en la Convencion, era asiduo, infatigable, elocuente, cariñoso y terrible cada noche en las sesiones de aquella sociedad. Allí estaba su imperio, que consolidaba ejerciéndolo, acostumbrando á la opinion á obedecerle para preparar la república á ponerse en sus manos. Pocos dias despues de la muerte de Danton empezó á ejercer la soberanía de su tribuna.

Dufourny, presidente habitual de los Jacobinos hacía algunos años, se habia atrevido á veces á interrumpir al orador ó á contradecirle en medio de sus discursos. Ademas, habia murmurado contra el informe de Saint-Just y contra la proscripcion de los dantonistas. Atacado por Vadier, Dufourny trató de justificarse. Robespierre, dejando desbordar el torrente de resentimientos que acumulaba desde algun tiempo contra él, dijo á Dufourny: «¡Acuérdate de que Chabot y Ronsin fueron impudentes un dia como tú, y que la impudencia en la frente es el sello del crimen!» «El mio es la calma», — respondió Dufourny. «¡La calma! — replicó Robespierre. — No, la calma no existe en tu alma. Notaré todas tus palabras para descubrirte á los ojos del pueblo. ¡La calma! Los conspiradores la invocan siempre, pero nunca la tienen. ¡Qué! ¿Se atreven á sentir á Danton, Lacroix y sus cómplices, cuando los crímenes de aquellos hombres están escritos con nuestra sangre, y cuando Bélgica aún humea por sus traiciones? Tú piensas extraviarnos con tus intenciones pérfidas. No lo conseguirás. Tú fuiste amigo de Fabre d'Eglantine.» Despues de este apóstrofe, Robespierre hizo de Dufourny el retrato de un intrigante, de un ambicioso, de un mendicante de popularidad, y pidió que fuese despedido. Dufourny, confundido por una ira que entónces era el presentimiento del suplicio, se arrepintió de no haber adivinado ántes el poder y el odio de Robespierre. Fué entregado al comité de seguridad general.

IX

Saint-Just elevaba de dia en dia más su papel en la Convencion. Se esforzaba por engrandecer el alma de la república á la proporción de una completa regeneracion de la sociedad. Sus máximas tenían el dogmatismo y casi la autoridad de un revelador. Se creía ver en aquel hombre, tan jóven, tan bello y tan inspirado, el precursor de la edad nueva. «Es necesario — decia en un informe sobre la policía general — hacer una ciudad nueva. Es menester hacer comprender que el gobierno revolucionario no es ni el estado de conquista ni el estado de guerra, sino el trán-

sito del mal al bien, de la corrupcion á la probidad, de las malas máximas á las máximas honradas. Un revolucionario es inflexible, pero es sensible, dulce, político y frugal. Hiere en el combate, y defiende la inocencia ante los jueces. Juan Jacobo Rousseau era revolucionario, y no era ni insolente ni grosero sin duda. ¡Sed semejantes á él! No esperad otra recompensa que la inmortalidad. Yo sé que los que han querido el bien han perecido todos. Codro murió precipitado en un abismo. A Licurgo le sacaron un ojo los pícaros de Esparta, y murió en el destierro. Focion y Sócrates bebieron la cicuta. La misma Aténas en aquellos dias se coronó de flores. No importa, habian hecho el bien. ¡Si aquel bien fué perdido para su país, no ha estado oculto para la Divinidad! Formar una buena conciencia pública, hé aquí la policía. Esta conciencia, uniforme como el corazon humano, se compone de la inclinacion del pueblo al bien general. Habeis estado severos, y habeis debido serlo. Ha sido necesario vengar á nuestros padres y ocultar bajo sus ruinas esta monarquía, inmenso sepulcro de tantas generaciones avasalladas. ¿En qué se convertiría una república indulgente contra enemigos encarnizados? Hemos opuesto la cuchilla á la cuchilla, y se ha fundado la libertad. Ha salido del seno de las tempestades y de los dolores, como el mundo, que sale del caos, y como el hombre, que llora al nacer. (*Lá Convencion aplaude con entusiasmo*). Que los demas pueblos nos lean su historia. ¿Su nacimiento fué ménos agitado? Han tenido siglos de locura, y nosotros no llevamos más que cinco años de resistencia á la opresion y de adversidad, que es la que hace los grandes hombres. Todo bajo del cielo tiene un principio. Amemos la vida oscura. Ambiciosos, id á paseaos en el cementerio en donde duermen juntos los conjurados y los tiranos; decidios entre la fama, que es el ruido de las lenguas, y la verdadera gloria, que es la estimacion de sí mismo. Arrojad fuera de vuestro suelo á los que echan de ménos la tiranía. El universo no es inhospitalario. Habria injusticia en sacrificarle todo un pueblo, é inhumanidad en no distinguir los buenos de los malos. Se acusa al gobierno de dictadura. ¿Desde cuándo los enemigos de la revolucion tienen tanta solicitud por el mantenimiento de la libertad? Nadie hubo en Roma tan desvergonzado para reprender la severidad que Ciceron desplegó contra Catilina. Sólo César sintió á aquel traidor. A vosotros toca imprimir al mundo el sello de vuestro genio. Formad instituciones civiles, en las cuales aún no se ha pensado, y por esto proclamareis la perfeccion de vuestra democracia. No dudeis; todo lo que en el dia de hoy existe á nuestro alrededor, debe acabar, porque todo lo que existe alrededor nuestro es injusto. La libertad llenará el mundo. ¡Que desaparezcan las facciones! ¡Que sólo la Convencion domine sobre todos los poderes, y que los revolucionarios sean romanos y no bárbaros!»

Estas máximas líricas parecia que prometian, en medio de los horrores de la época, la serenidad en el porvenir. La Convencion las aplaudia con delirio, porque estaba cansada del rigor, acogiendo los menores presentimientos de clemencia y aspirando á reconstituir.

Robespierre y sus amigos se adelantaban á la Convencion en aquellos sentimientos; se sabía que las palabras de Saint-Just no eran sino las confidencias del señor llevadas á la tribuna para provocar el estado de la opinion. En Robespierre habia dos hombres: el enemigo del orden antiguo, y el apóstol del nuevo. La muerte de Danton habia terminado su primer papel, y estaba impaciente por tomar

el segundo. Cansado ya de suplicios, queria, segun dijo, asentar el gobierno sobre la moral y la virtud, que son los dos fundamentos del alma. Para que la moral y la virtud no fuesen palabras sin sentido y no significasen el vacío, era necesario descubrir al pueblo la idea grande de Dios, que es la única que puede dar sentido á la virtud. La ley no es nada si es sólo la expresion de la voluntad humana; es necesario, para hacerla santa, que sea la expresion de la voluntad divina. La obediencia á la ley no es más que el *servilismo*; lo que constituye el *deber* es el sentimiento que hace remontar esta obediencia á Dios. Así, de tiranía que es á los ojos del ateo, la sociedad se convierte en religion á los ojos del deista. Este título, haciendo santa á la ley, la hace tambien más fuerte, porque por juez y por vengador tiene á Dios.

La idea de Dios, este tesoro comun á todas las religiones de la tierra, habia sido destruida y abatida en la ruina de las creencias; habia sido mutilada y reducida á polvo en el espíritu del pueblo por las proscripciones y por las parodias del culto católico que Hebert y Chaumette habian provocado contra los templos, los sacerdotes y las ceremonias religiosas. El pueblo, que confunde fácilmente el símbolo con la idea, habia creído que Dios era una preocupacion antirevolucionaria. La república parecia haber quitado la inmortalidad del alma de su territorio y de su cielo. El ateísmo, predicado abiertamente, era para los unos la venganza de su largo vasallaje á un culto repudiado por ellos, y para los otros una teoría favorable para todos los crímenes. El pueblo, al sacudir aquella cadena divina de la fe en Dios que retenia su conciencia, estaba en la persuasion de que sacudia al mismo tiempo todos los lazos del deber. El terror sobre la tierra debia reemplazar la justicia en el cielo. Ahora que querian separar el cadalso é inaugurar instituciones, era necesario infundir al pueblo una conciencia. Una conciencia sin Dios es un tribunal sin juez. La luz de la conciencia no es otra cosa que la reverberacion de la idea de Dios en el alma del género humano. Extinguid la idea de Dios, y dejais sin luz al hombre; puede tomarse al azar la virtud por el crimen y el crimen por la virtud.

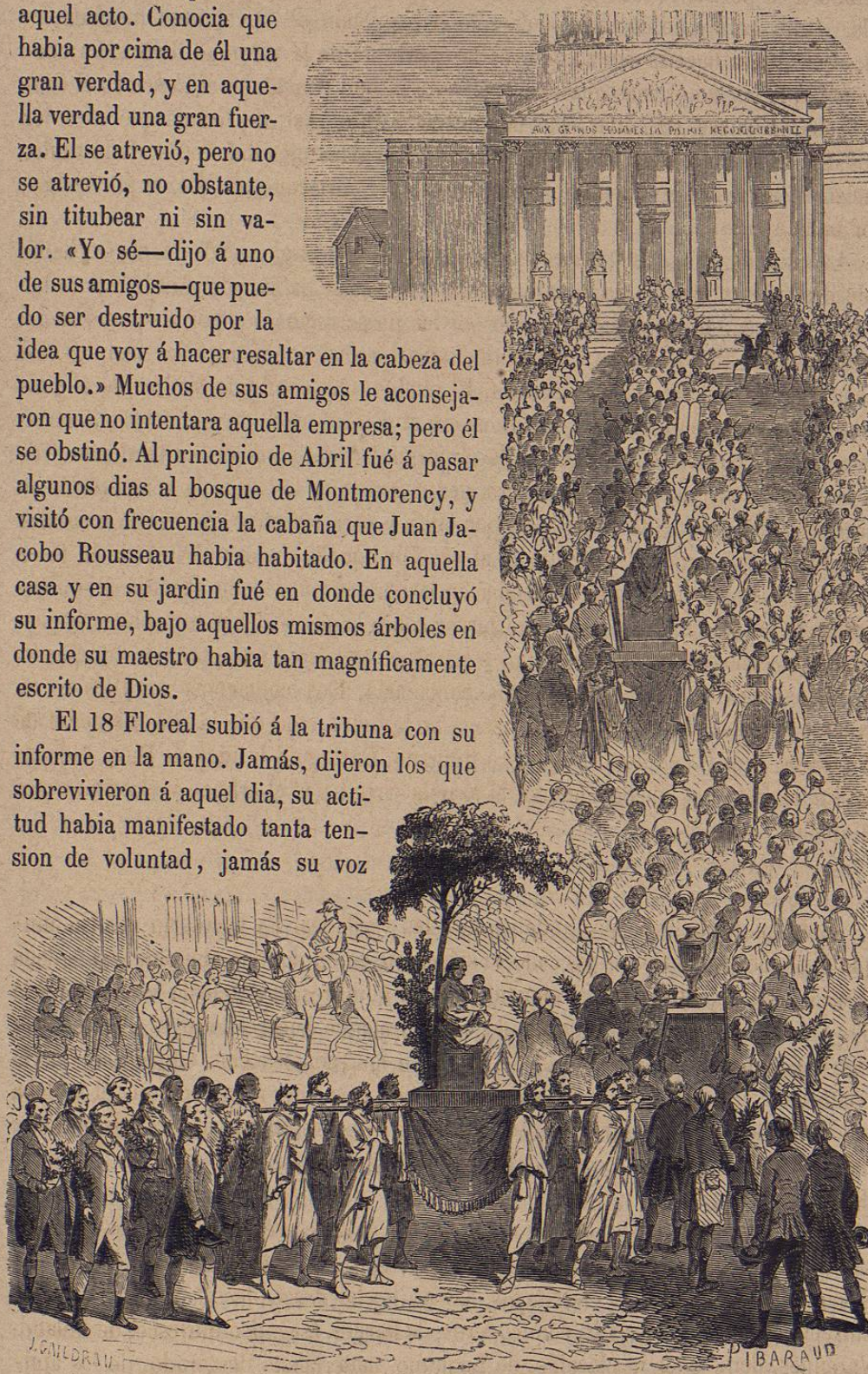
X

Robespierre conocia profundamente estas verdades. Es necesario decirlo aunque repugne el creerlo, no las conocia solamente como político que pide una cadena al cielo para sujetar con más seguridad á los hombres; las conocia como sectario que se inclina el primero ante la idea que pretende hacer adorar al pueblo. Hay algo de Mahoma en estas ideas. La hora de la reconstruccion empezaba; queria reconstruir ante todo el alma de la nacion. Con la misma mano con que él le daba todo el poder, era necesario darle toda la luz. Una república que no debia tener otra soberanía que la moral, debia sostenerse enteramente sobre un principio divino.

En el estado de desorganizacion intelectual y de descrédito de las ideas religiosas á que los filósofos materialistas del siglo XVIII, los girondinos que fueron sus discípulos, y los ateos sus verdugos, habian hecho descender al espíritu público; enfrente de Collot-d'Herbois, cómico feroz, de Barere, escéptico burlesco, de Billaud-Varennes, demoledor implacable, de Lequinio, materialista descarado, de los amigos de Hebert, de los comensales de Danton, y de aquella turba de hombres indi-

ferentes á todos los cultos que pertenecian á los comités y á la Convencion, era necesario todo el prestigio de Robespierre para arrostrar la risa ó la ira que semejante tentativa corria riesgo de hallar en la opinion. Tampoco queria detener el Terror sino despues de aquel acto. Conocia que habia por cima de él una gran verdad, y en aquella verdad una gran fuerza. El se atrevió, pero no se atrevió, no obstante, sin titubear ni sin valor. «Yo sé—dijo á uno de sus amigos—que puedo ser destruido por la idea que voy á hacer resaltar en la cabeza del pueblo.» Muchos de sus amigos le aconsejaron que no intentara aquella empresa; pero él se obstinó. Al principio de Abril fué á pasar algunos dias al bosque de Montmorency, y visitó con frecuencia la cabaña que Juan Jacobo Rousseau habia habitado. En aquella casa y en su jardin fué en donde concluyó su informe, bajo aquellos mismos árboles en donde su maestro habia tan magníficamente escrito de Dios.

El 18 Floreal subió á la tribuna con su informe en la mano. Jamás, dijeron los que sobrevivieron á aquel dia, su actitud habia manifestado tanta tension de voluntad, jamás su voz



Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau trasladados al Panteon.—Pág. 405.